

Cinco días despues, en el momento en que el rey Felipe iba á partir para Perona, vinieron á darle la fatal nueva de que el caballero Leon de Crainheim, al cual le habia dado permiso para que fuese á reunirse con su dueño, habia perecido en la pasada noche.

Con efecto, el viejo caballero, no queriendo pasar la vergüenza de encontrarse cara á cara con su señor, que tan mal habia cumplido su palabra, permitió morirse de hambre escribiéndole antes un billete con tan solo este renglon :

EL HONOR ANTE TODO.

XXI

LOS PLIEGOS DEL ASTROLOGO

No obstante, como el sitio de Cambray á pesar del valor y del esfuerzo de los sitiadores no aventajara nada, y como el rey de Inglaterra supiese que despues de haber mandado su embajada á Perona, Felipe de Valois habia llegado á San Quintin, Eduardo III reunió un consejo de los mas sabios y leales caballeros, entre los cuales estaban el conde Roberto de Artois, M. Juan de Beaumont, el obispo de Lincoln, el conde de Salisbury, el marqués de Juliers y Gualtero de Mauny para discutir si seria mejor continuar el sitio de Cambray ó marchar á dar alcance á su adversario el rey Felipe.

La discusion duró poco; todos decidieron que la ciudad de Cambray era difícil de conquistar á causa de sus fuertes murallas y de hallarse defendida por unos guerreros tan valientes como leales; y que por consiguiente seria mejor dar la batalla en campo

descubierto, que pasar los días inertes y paratrados ante una ciudad, tipo de defensa, máxime cuando el invierno se aproximaba, y los hielos y las lluvias habían de forzar á los Ingleses á levantar las trincheras.

En consecuencia, se pasó una orden general para que se desarmaran y recogieron las tiendas, poniéndose en seguida en marcha hácia el monte de San-Martin, abadía de los religiosos de San-Norberto, en la diócesis de Cambrai, en las fronteras de la Picardía.

Entonces como M. Juan de Beaumont habia cumplido su juramento, sirviendo de mariscal á la armada, mientras esta habia combatido en las tierras del imperio y del Hainaut, entregó su mando al rey inglés, el cual al momento se lo confirió al conde de Northampton; haciendo á los de Gloucester y Suffolk sus ayudantes. En cuanto al mando de condestable, fué otorgado al conde Warwick, que tomó al instante posesion de su destino.

El ejército llegó á la altura de San Martin, atravesó el rio Esquelda sin impedimento alguno, ni por parte de los Franceses ni por la del rio. Cuando llegaron á la otra orilla, el conde de Hainaut aproximóse á Eduardo, bajóse de su alazan, y con la rodilla en tierra suplicóle que le permitiese fuera á reunirse con el rey de Francia, segun su juramento, á fin de que pudiese cumplir este, como habia llevado á cabo el que le hiciera á Eduardo.

Este, que sabia cuáles eran los deberes de todo noble caballero, no impidió la retirada al ex-mariscal, y le dijo tan solo estas palabras:

— Dios os guarde.

Despues, quitándose su guantelete, le tendió amigablemente la mano y se la llevó á su pecho. Guillermo de Hainaut la besó respetuosamente, volvió á montar su corcel, y saludando por última vez al rey de Inglaterra, se alejó del ejército seguido de todas sus lanzas, á excepcion de su tio Juan de Beaumont, que no quiso seguirlo. Cuando el jóven conde Guillermo se hubo alejado, reunióse un segundo consejo con el objeto de discutir si se entraria de seguida en el territorio de Valois, ó si se esperaria en el Hainaut la llegada de los enemigos. Hubo varios pareceres; mas el duque de Brabante habiéndose declarado fuertemente por este último parecer, todos siguieron su consejo: al momento la armada inglesa se dividió en dos ejércitos; el primero bajo las órdenes de los mariscales ya citados; el segundo bajo las del duque de Brabante.

Entonces toda la armada se puso en marcha, robando, quemando y talando todo lo que encontraba al paso, y no haciendo mas que tres leguas de jornada al día, á fin de que sobre la linea que ella recorria nada se le escapase, ni ciudades, ni pueblos, ni aldeas; y á su desolador impulso desaparecian las viñas, los sembrados, los animales y los cortijos.

De tiempo en tiempo el ejército se paraba, y como un dragon infernal que extiende una de sus alas para agotarlo todo, así de la armada se destacaba una columna y se desplegaba hácia Picardía ó la Isla de Francia, y seguian quemando y talando sin piedad, gozándose en los gritos de terror y espanto que daban aquellos infortunados paises, entre los cuales se cuentan Origny, San Benito y Guisa.

Por último, habiendo el rey Eduardo sabido en Bo-

heric, abadía de los religiosos de san Heraclio, situada en la diócesis de Laon, que el rey Felipe había partido de San Quintín con mas de cien mil hombres para presentarle la batalla, no quiso creyese que huía, continuando un camino que lo alejaba de su enemigo, y volvió pues sobre sus pasos, y se dirigió el mismo día en que él había sabido la noticia á Fervaques, al día siguiente á Montrueil, y se vino á alojar á Flamengerie, y habiendo encontrado un sitio conveniente para hacer el campamento de su armada que era de cuarenta y cinco mil hombres poco mas ó menos, decidió por fin esperar allí al rey Felipe, despues de haber hecho todo lo bastante en su vuelta por encontrarlo, para que se supiera de que no había querido evitar un encuentro con el de Francia.

Por su parte, el rey Felipe de Valois había partido en efecto de San Quintín; había en tanto marchado con su armada hasta llegar á Buironfosse, y allí mandó á sus gentes pusieran sus tiendas de campaña; su intencion era la de esperar allí al rey Eduardo y todos sus aliados, los cuales no estaban desviados de allí ni dos leguas.

Entonces el conde Guillermo de Hainaut, habiendo sabido que el rey de Francia había establecido su campamento en Buironfosse, partió de Quesnoy donde él había estado, y cabalgando hasta que se reunió con su tío, con quinientas lanzas.

A pesar de este magnífico cortejo, el rey Felipe lo recibió al principio con una notable indiferencia; pues no podía olvidar que con el mismo ejército había ido á poner sitio á Cambray. Pero el conde Guillermo supo excusarse sabia y prudentemente, di-

ciendo que había sido obligado á obedecer las órdenes del emperador, al cual respetaba con la misma veneracion que al rey de Francia; cuya excusa fué atendida por el rey con la mayor delicadeza, y para mas satisfaccion se le preparó su alojamiento en medio de la armada, en el sitio mas próximo y mas distinguido á la derecha de la tienda del rey Felipe de Valois.

Eduardo supo al momento las disposiciones que su adversario estaba dando, y lo poco que distaban las dos armadas. En vista de esto, reunió su consejo, que se componia de los señores del imperio, de sus mariscales y de todos los barones y prelados de Inglaterra, para consultarles si su intencion era la de combatir allí ó esperar hacerlo en otro terreno mas idóneo. Los señores se miraron al principio unos á otros, guardando el mayor silencio; y despues tomando la palabra el duque de Brabante, anunció que era del deber y del honor de todos de que por muy notable que fuese la inferioridad de fuerzas, debian, sin vacilar en nada, enviar un heraldo al rey de Francia para pedirle la batalla y aceptar el momento del combate que él tuviera á bien de señalar.

Esta opinion fué admitida por unanimidad de votos, y el heraldo del duque de Gueldres, que hablaba perfectamente el francés fué encargado en nombre del rey de Inglaterra y de los señores del imperio de arrojar el guante al rey de Francia. De consiguiente, montó en seguida, y acompañado de un brillante cortejo, no tardó nada en llegar á las avanzadas del ejército francés, y pidió lo presentasen en seguida al rey.

Este lo recibió rodeado de toda su corte, y escu-

chó con la mayor amabilidad la mision que le enviaba su adversario, y contestó al heraldo que el viernes inmediato era el dia destinado para el ataque : despues, quitándose su manto tan blanco como el arminio y la rica cadena de oro que pendia de su cuello, se lo entregó al heraldo en señal de que habia sido bien recibido, y que la noticia que le habia dado fuera para el rey una de las mas satisfactorias.

El heraldo volvió aquella misma tarde al campamento inglés, contó la buena acogida que le habian hecho, y anunció que el viernes siguiente era el dia prefijado para la batalla. Esta noticia se esparció bien pronto por todo el ejército, y cada cual empezó á limpiar sus armas y preparar sus armaduras.

Al dia siguiente el conde de Hainaut encargó á los señores de Tupigny y de Fagnoelles, dos de los mas valientes y sabios de la armada francesa, examinar el plan de batalla que habia hecho Eduardo. Entonces montaron en sus mejores corceles, y manteniéndose á cubierto bajo el bosque que circunvalaba la línea, revistaron las tropas y observaron en la disposicion que estas se encontraban. De pronto sucedió que el alazan del caballero de Fagnoelles, que estaba mal enfrenado, habiendo tropezado con la rama de un árbol, se espantó, y desbocándose, á pesar de lo excelente picador que era el jinete, lo arastró fuera del bosque, y corriendo hácia el campamento inglés, lo arrojó en medio de las tiendas del imperio. Sir de Fagnoelles fué al momento rodeado y aprisionado por cinco ó seis Alemanes que le exigieron el rescate, proponiéndole la libertad, atendido á que no era prisionero de guerra, sino porque

por un tan desgraciado accidente habia ido á parar allí.

El caballero de Fagnoelles pidió al momento que lo llevaran ante sir Juan de Beaumont, que al salir de su tienda se maravilló de hallar á uno de sus mas antiguos y queridos conocidos. El primero le contó entonces por qué causa se hallaba allí y el rescate que le habian pedido los Alemanes.

Al momento sir Juan de Beaumont le devolvió la suma que le habian exigido, y habiéndolo convidado á comer, ordenó que le volviesen su espada y su caballo, con la sola condicion de llevarle sus afectos al conde Guillermo su sobrino.

Sir de Fagnoelles se lo prometió y se volvió al campamento de su señor, al cual le refirió todo cuanto le habia acaecido, y el estado en que se hallaba el campamento del rey Eduardo III.

La misma noche, mientras que el rey de Francia velaba en su tienda, un mensajero enlodazado y molido porque habia hecho jornadas de veinte leguas por dia y con el mismo caballo, fué presentado al rey Felipe : venia de la isla de Sicilia, y traía pliegos de Roberto, conde de Provenza y rey de Nápoles. El rey, que conocia á fondo la sabiduría y ciencia astrológica de su primo, le habia consultado sobre esta guerra la opinion que debia seguir.

El rey Roberto habia interrogado á los astros en sus conjunciones favorables y malignas, y echado varias veces sus suertes sobre las aventuras del rey de Francia é Inglaterra, y siempre habia hallado que mientras que el rey Eduardo estuviese presente en los combates, el rey Felipe seria batido y derrotado con gran pérdida para el reino de Francia.

De consiguiente, aconsejaba á su primo en aquellos pliegos que no combatiere aunque sus soldados fuesen tres contra uno, pues lo que habia de suceder en el combate estaba ya escrito en el *libro eterno*, en el cual la mano de los hombres no puede cambiar nada.

Felipe se guardó muy bien de presentar estas cartas ni aun á las personas del mayor valor de su armada; no obstante, á pesar de las razones que exponia el de Sicilia, su primo político, resolvió pues que si el rey Eduardo daba la señal de la batalla, no regularia un paso, pues habia sido él quien habia prefijado el dia.

Al dia siguiente por la mañana, las dos armadas se prepararon comiendo abundantemente, y los dos reyes y varios señores de los principales de su nobleza se confesaron y comulgaron, como todo hombre que va á combatir y quiere estar pronto á comparecer ante el tribunal supremo; despues cada uno marchó tras los otros, siguiendo las orillas opuestas de un abundante riachuelo, casi cubierto por la abundancia de adelfas que lo rodeaba.

Al cabo de una hora de marcha, las dos armadas se hallaron en presencia la una de la otra, y cada rey ordenó su batalla.

XXII

LA LIEBRE. — RETIRADA

El rey Eduardo, que tenia la ventaja del terreno, dividió su armada en tres partes, todas á pié, haciendo poner los caballos y bagajes en un bosquecillo inmediato que estaba tras ellos, y se fortificó con sus berlinas y carruajes. La primera parte constaba de ocho mil hombres, entre los cuales se contaban veinte y dos banderas y sesenta pendones: se componia de todos los Alemanes, é iban mandados por el duque de Gueldres, el conde de Juliers, el marqués de Brandebourg; M. Juan de Hainaut, el margrave de Misnia, el conde de Mons, el de Salm, sir Fauquemont y M. Arnault de Blankenheim.

La segunda, mandada por el duque de Brabante y bajo sus órdenes, reunia tambien los mas ricos y mas bravos barones de su país, así como algunos caballeros flamencos que se habian alistado bajo su bandera; de suerte que marchaba á la cabeza de

veinte y cuatro banderas y de ochenta pendones, y mandando siete mil hombres, todos con largos y bien atusados bigotes, y bien armados de valor y corazon.

La tercera y última división obedecía al rey Eduardo III de Inglaterra, y era la mas fuerte y numerosa: á su alrededor iban todos los señores de su país; primeramente su primo el conde Enrique Derby, hijo de M. Enrique de Lancastre, *el del cuello tuerto*; el obispo de Lincoln, el de Durham; los condes de Northampton, de Gloucester, de Suffolk y de Hertfort; M. Roberto de Artois, Regnau de Cobban, sir de Percy, sires Luis y Juan Beauchamp, mosen Hugo de Hastings, mosen Gualtero de Mauny, y por último el conde de Salisbury, que despues de haber estado quince dias entregado á su jóven esposa y de haber ya cumplido su promesa, estaba con sus dos ojos abiertos y brillantes cual los rayos del sol, que reflejaban en las corazas y escudos.

Tras de esta mar de acero en la cual cada hombre formaba una flota, que avanzaba como una ola flotante, compuesto como estaba de seis mil hombres de armas y seis mil arqueros, ondeaban los aires veinte y ocho banderas y noventa pendones; en fin, además de estos tres escuadrones, una retaguardia estaba dipuesta, mandada por el conde Warwick y el de Pembroke, de sir de Milton y otros varios caballeros que estaban prontos para que, en el caso de que alguna sorpresa derrotase alguna de las compañías, pudiesen ir en su socorro y cubrir su flanco; estaba compuesta de cuatro mil hombres.

En cuanto al rey de Francia, tenia en su derredor tan gran número de hidalgos nobles y caballeros,

que parecia maravilla; mas seria largo de contar. Cuando sus ejércitos estuvieron formados en órden de batalla, en el campo se hallaban ciento veinte banderas, quinientos sesenta pendones, cuatro reyes, seis duques, treinta y siete condes, cuatro mil caballeros de todas órdenes y mas de sesenta mil hombres de los comunes de Francia.

Todos tan perfectamente armados, que el sol, al reflejar en sus bruñidas armaduras, despedia deslumbrantes rayos, cual si hiriesen en un espejo; mas esta caballería tan terrible y hermosa á la simple vista, no era mirada detenidamente y con el mas minucioso exámen; unos decian que seria una vergüenza haber venido tan cerca del enemigo y no dar la batalla, y los otros pretendian que era una falta el no dar allí la batalla, pues que el rey de Francia lo tenia ya todo perdido; porque era de fijo que si el enemigo penetraba de golpe en el corazon del ejército, salia incontestablemente vencedor, mientras que el Francés no podria conquistar el reino de Inglaterra, que era una isla, ni las tierras de los señores que serian defendidas por Luis V de Baviera, su señor feudal.

Durante estos acontecimientos, el rey de Inglaterra, montado sobre un pequeño palafren, marchando al paso y acompañado de mosen Roberto de Artois, de Reinaldo del Colham y de Gualtero de Mauny por delante de las filas, exhortaba dulcemente á los caballeros á que le ayudasen á cumplir su promesa y á guardar su honor, mostrándoles la ventaja de la posicion que habia escogido tan próxima á un bosque, y defendida por un rio; por consiguiente su enemigo no podia venir á él sin arrostrar un gran

peligro. Cuando hubo concluido su revista, fuese para excitar el valor de todos y que imitasen su ejemplo, fuese para enseñarlos con sus actos, se puso en el sitio que marca la ordenanza, é hizo correr la voz por todo el ejército, que ninguno se pusiese ante las banderas de los mariscales.

Concluidos todos los preparativos de una parte y otra, en los cuales se habia ido toda la mañana, y ya el astro refulgente del día iba tocando á la mitad del meridiano, cuando una liebre acosada por un caballero del ejército inglés, que se habia apartado un momento de sus filas, la espantó, y el acosado y ligero animal fué á parar á las filas del rey de Francia, buscando auxilio entre los armados; entonces, viendo algunos caballeros que podian darle caza, pusieron sus caballos al galope hácia el círculo de hierro donde estaba encerrada, excitando y corriendo á mas no poder; la armada francesa, que vió aquel movimiento, se creyó iba á ser atacada en aquel momento.

El rey Felipe de Valois montó en un fuerte y brioso corcel, estando presto á presentarse el primero á la batalla. Por otra parte, los caballeros de Gascuña y del Lenguedoc, creyendo que se les atacaba, bajaron sus celadas y tiraron de sus tizonas, mientras que el conde de Hainaut, viendo que era inútil perder mas tiempo y que se iba á dar el ataque, mandó á varios caballeros montasen sus alazanes y se preparasen á la lid.

Mientras pasaban estos acontecimientos, el sol, siguiendo su majestuoso curso, iba á sepultar sus refulgentes rayos en el horizonte, ya la noche se disponia á cubrir con su negro manto el firmamento,

cuando un mensajero llegó ante el rey Eduardo, el cual tomó los pliegos de manos del portador, y sin bajar de su caballo los leyó apresuradamente; estaban sellados por el obispo de Cantorbery, venian del consejo de Inglaterra y anunciaban que los Normandos y Genoveses, despues de haber desembarcado en Southampton y de haberla quemado y saqueado, habian seguido hasta Douvres y Norwick, desolando todas las costas de Inglaterra, formando una armada de cuarenta mil guerreros y cubriendo con sus naves todas las costas é impidiendo el llegar á Flandes. Ellos se habian apoderado de los dos navíos mas grandes que tenia la Inglaterra, el *Eduardo* y el *Cristóbal*; todo un dia habia durado el combate, en el cual habian perecido mas de mil ingleses.

Las noticias eran ciertas, y se puede decir que los pliegos atenuaban mas la calamidad. No obstante, otros pliegos se referian á las de Escocia, que eran aun mas alarmantes todavía, mientras que Eduardo estaba ante Cambray, Felipe de Valois habia, como ya hemos dicho, enviado mensajeros á los nobles partidarios que reconocian aun por rey al jóven David, los cuales no contaban ni con hombres ni con armas, pero sí tenian mucho dinero para hacerse de los unos y las otras. El jefe de aquella embajada, que era un hombre de gran valor y de bastante sabiduría, habia pasado al través de todos los puestos de las avanzadas inglesas, y llegado ya hasta la floresta de Feddard, donde estaban como en un fuerte inaccesible, el conde de Murray, M. Simon Frazer, M. Alejandro de Ramsay y M. Guillermo Douglas, sobrino del buen sir James, que, como ya hemos contado á nuestros lectores, habia muerto en Es-

pañá, cuando llevaba á la Tierra Santa el corazon de su rey.

Todos los señores tuvieron un gran gozo por las nuevas tan favorables que habian recibido de Francia; y como el rey Felipe de Valois les recomendaba se aprovecharan de la ausencia del rey Eduardo para poner en movimiento el reino de Escocia; y gracias al gran tesoro que él les enviara, podian facilitar todos los medios posibles; de modo que, despues de poco tiempo, se vieron en posesions de grandes refuerzos de hombres y de caballos; de suerte que, hallándose á la cabeza de una tan grande armada, y cuando los gobernadores ingleses los creian que aun estaban como las bestias feroces, ocultos y retirados en la floresta de Feddard, ellos bajaron valientes hasta los llanos, semejantes á una manada de feroces lobos, y se fueron apoderando ya por sorpresa ó por fuerza de casi todas las fortalezas; si bien es verdad que pocas eran las que los Ingleses poseian en Escocia, que serian unas siete ú ocho ciudades y castillos, entre las cuales se contaban Berwick, Sterling, Roxbourg y Edimburgo. Mas esto no fué todo: enardecidos por el buen éxito de sus principios, dejaron á Berwick y pasaron la ribera del Tine, y atravesando la vieja muralla romana, llegaron hasta Durham y al extremo del país de Northumberland; es decir, que no les faltaban mas que tres jornadas para llegar al reino de Inglaterra, quemando y saqueando todo el país; despues se retiraron por otro camino sin que nadie se opusiese á su marcha: entretanto á todos les parecia imposible, y apenas creer podian, de que tan pronto le hubiesen crecido las uñas y los dientes al leon de Escocia.

Eduardo leyó aquellos pliegos con la mayor serenidad y sin que en su rostro se marcasse la menor muestra de emocion; despues, cuando hubo acabado, mandó que se preparase un gran festin y se le diese un convite y una gran recompensa al mensajero, cual si hubiese sido portador de una felicissima noticia. En fin, echó una rápida ojeada á su ejército que estaba á su alrededor, y rogó en su corazon á Nuestro Señor triunfase de su enemigo que tanto lo habia deseado, y á quien habia venido á buscar desde tan lejos, pues una vez vencido ó vencedor, entrado en el centro del reino ó refugiado en las tierras del imperio, no podia volver á su reino, donde lo reclamaban tan importantes intrigas. Dichosamente en la armada francesa todo estaba en el mismo estado, y como la noche iba ya aproximándose, era probable que ya el dia se pasase sin venir á las manos. En efecto, dos horas se pasaron tranquilamente hasta que la noche vino á tender su oscuro manto; haciendo que cada uno de los dos ejércitos pusiese sus avanzadas correspondientes, y se retirasen los demás á sus respectivos alojamientos.

Entonces el rey Eduardo reunió su consejo, leyó en alta voz los pliegos que acababa de recibir de Inglaterra, y pidió su parecer á los barones ingleses y señores del imperio: el parecer fué unánime; la presencia del rey en Londres era de la mayor importancia, y era preciso que sin pérdida de tiempo se pudiese en camino.

En consecuencia, aprovechándose de la oscuridad de la noche, hizo se levantasen las tiendas con el mayor sigilo, y se puso en marcha y fué invitado por el duque de Brabante á pasar lo restante de la

noche cerca de Averna en Hainaut; la mañana siguiente tomó el permiso de los señores alemanes y de los de Brabante, que permanecieron sobre las armas para guardar el país, y llegó á Bruselas acompañado del duque Juan, su primo.

Al día siguiente, el rey de Francia, ignorando lo que habia pasado durante la noche, salió de nuevo de su tienda y ordenó sus batallones en el mismo sitio que la vez pasada; mas como no vió aparecer á nadie, se pensó que le tendrían preparada alguna emboscada y tomó la pronta medida de extender sus gentes hasta la orilla del riachuelo, pidió un hombre que voluntariamente atravesase el riachuelo y la vereda de adelfas que mediaba entre las dos armadas, que tambien franqueara la marisma y fuese á descubrir aquel bosque que hasta en su silencio le parecia sospechoso.

Entonces un jóven doneel se presentó para aquella aventurada empresa; este era M. Eustaquio de Ribeaumont, hijo de una antigua y noble familia, de edad de veinte y cinco años; no hacia mas que cinco que habia empezado á combatir, y como él iba á partir decididamente, el rey Felipe de Valois quiso, por si sucumbia en aquella aventura el valiente é intrépido jóven, muriese al menos caballero, y haciéndole poner una rodilla en tierra, le puso su casco y su espada, armándolo por su misma mano; M. Eustaquio, lleno de satisfaccion y gozo, montó en su brioso corcel, pidiéndole á Dios le presentase ante su vista algun enemigo á fin de que á presencia del rey le pudiera mostrar su esforzado valor, por el cual era digno del favor que acababa de recibir.

En consecuencia atravesó la marisma á la vista de

todo el ejército y llegando á la otra orilla, enristró su lanza y entró resueltamente en el bosque, donde pronto desapareció de la vista de todos. Entonces empezó á explorarlo por uno y otro lado; mas estaba desierto y silencioso, como la floresta encantada en que Tancredo hizo correr á borbotones la sangre de Clorinda; de suerte que lo anduvo tres ó cuatro veces de punta á punta sin encontrar siquiera el menor vestigio de lo que él iba buscando, y volvió á aparecer en la entrada del bosque, y dirigiéndose á una cercana montaña, desde la cual se dominaba perfectamente todo el país, llegó á lo alto, y no divisando á nadie, plantó su lanza en señal de posición y puso su casco, del cual las grandes y hermosas plumas flotaban por el aire, y volvió á bajar despacio y con la cabeza descubierta, y dirigiéndose al rey, le dió cuenta de su mensaje, suplicándole que le siguiese con su ejército al sitio en donde habian estado formadas las tropas de Eduardo.

Felipe de Valois mandó á su vanguardia se pusiese en marcha, y M. Eustaquio de Ribeaumont, para sondear el terreno, se puso á la cabeza de toda la armada, se dirigió á la marisma, en la cual muchos de los caballeros tuvieron gran trabajo para salir á causa del peso de sus armaduras y de las de sus caballos; lo que fué una prueba para el rey Felipe, que habia hecho muy bien en no querer la mañana siguiente, en presencia de la armada inglesa, pasar con sus tropas como lo hacia entonces sin temor y sin peligro.

M. Eustaquio no se habia engañado; todo el país estaba desierto y volvió á tomar su lanza y su casco.

En cuanto al rey Felipe, formó su campamento en el mismo sitio en que Eduardo había estado, no hacia muchas horas, y se quedó allí durante dos días enteros; pasado este tiempo, supo por las gentes del país que el rey Eduardo se había retirado al Hainaut con los barones y señores del imperio; dió las gracias cortesmente á los reyes, duques, condes, barones, caballeros y señores que habían venido á servirle, y les dió permiso para que se retirasen donde ellos quisieran. Volvióse á San Quintin, donde envió á sus guerreros de guarnicion á las ciudades de Tournay, Lille y Douai; despues de lo cual, concluidos estos preparativos y viendo que no tenia nada que hacer en los caminos y fronteras de su reino, se volvió á Paris.

En cuanto á Eduardo, llegó á Anvers, donde se embarcó dejando en señal de que pronto volveria, á la reina Felipa de Hainaut bajo la guardia de su compadre Santiago de Artevelle, en la ciudad de Gante, y encargando á los condes de Suffolk y de Salisbury guardaran y defendieran á Flandes, por si acaso el rey Felipe quisiese volver á obtener los servicios que le habia rendido, y los cuales pensaba le rendiria aun. Despues, habiendo llegado á plena mar sin haber encontrado á los piratas normandos y genoveses, navegó con viento tan favorable, que llegó á Londres el 21 de febrero de 1340, dirigiéndose el mismo día á Westminster, donde su vuelta fué un motivo de gozo para el reino entero.

Nos parece inútil advertir á nuestros lectores, que á pesar de todos estos acontecimientos y de los que vamos á explanar en el capítulo inmediato,

existia un gérmen mas poderoso que el causador de estos hechos; un gérmen que si bien de un orden enteramente distinto, no por eso dejaba de ser tambien poderoso y terrible, como lo veremos en el capítulo subsiguiente.